

cuenta la lectura teológica, pastoral y espiritual; el teólogo la pastoral, espiritual y científica, y así sucesivamente. Por lo demás, una misma persona puede situarse en diversos niveles de lectura, y lo hará desde sus circunstancias concretas. El exegeta por profesión leerá la Biblia científicamente, pero esto no obsta para que pueda hacer también del mismo texto una lectura espiritual, pastoral e incluso teológica. Esto mismo, "servatis servandis", vale para los demás niveles de lectura bíblica.

Puede suceder que el lector, siendo una misma persona, dé unidad a los diversos niveles de lectura, como se acaba de indicar. Pero la unidad más profunda entre los diferentes niveles no proviene del sujeto, sino del objeto e intencionalidad última de todas ellas: Esclarecer, para bien de los hombres, el misterio de Cristo y el misterio de la existencia humana. Aquí encuentran su ápice y su último destino cada una de las lecturas, y en la medida en que sirven a este objetivo son lecturas plenamente bíblicas.

Conclusión

Es algo incomprensible cómo Dios siga hablando a los hombres de nuestro tiempo a través de un texto escrito hace ya tantos siglos, pero es una verdad de fe y una experiencia profunda del cristianismo. Posiblemente la mejor explicación radique en la enseñanza de la Constitución "Dei Verbum" 12: "La Sagrada Escritura se ha de leer e interpretar con el mismo Espíritu con el que ha sido escrita". Este criterio vale para todos los niveles de lectura como fundamental y supremo. Así se realizará la exhortación final de la Constitución sobre la Divina Revelación: "Que la Palabra de Dios, mediante la lectura y el estudio de las Sagradas Escrituras, se esclarezca progresivamente, y el tesoro de la Revelación confiado a la Iglesia, llene más y más los corazones de los hombres".

ANTONIO IZQUIERDO

Sacerdote español, nació en 1944. Licenciado en filosofía y teología por la universidad Gregoriana. Enseñó teología moral en la ciudad de México y fue asesor de la dirección de estudios de la Universidad Anáhuac de 1975 a 1979. Ha sido profesor en la Universidad Gregoriana, es miembro del consejo directivo de nuestra revista, y actualmente se encuentra especializándose en Teología Bíblica en la escuela Bíblica de Jerusalén.

Piedad y teología popular en la Biblia

Henri Cazelles

Los pueblos del Antiguo Oriente viven inmersos en una intensa piedad popular. Los modernos diccionarios de egiptología o asiriología no incluyen el artículo "piedad" pues sus límites serían imposibles de precisar. Antes incluso de que la invención de la escritura nos haya aportado testimonios escritos, esta piedad ha dejado sus huellas en templos, capillas, restos de ofrendas animales o vegetales, estatuillas. La presencia de estatuillas de diosas de la fecundidad o de estatuas de dioses con cuernos poderosos y "ojos inmensos" (A. Spycket) no debe llevarnos a pensar de forma apresurada en la idolatría. En los honores rendidos a las imágenes divinas podía haber idolatría en quienes confundían la divinidad y la imagen que la representaba, pero no era éste el fondo de su vivencia religiosa. La imagen representaba o hacía presente (ahí estaba la ambigüedad) una fuerza que intervenía en el curso de la vida del hombre y sobre la cual él no tenía control alguno.

Podía ser una piedra o una roca de formas sorprendentes, levantada a modo de señal en las rutas del desierto, y de ahí el culto a las piedras en Arabia y a las montañas en Anatolia. Podían ser los astros, ya fuese por su luminosidad, ya por el ritmo de sus apariciones y desapariciones, y de los que dependía el propio ritmo de la vida humana. Eran más a menudo las fuerzas ocultas que hacían manar una fuente o desencadenaban el viento y la tormenta. Eran las fuerzas que daban fecundidad a la vegetación y a las cosechas, a los animales salvajes o domésticos, a los hombres, a las mujeres y a las tribus. Eran los dioses protectores de las dinastías y sus pueblos, cuyos ejércitos eran capaces de ofrecer su protección o de aniquilar al enemigo. Estos dioses protectores también podían brindar su protección a un hombre o a una mujer determinados, iluminándoles con sus consejos o castigándoles con cólera si no eran escuchados. En suma, la piedad popular no se dirige a un ser supremo, a un "dios del cielo y la tierra", aún cuando se reconociera su existencia. Afrentado o favorecido por estos múltiples dioses entre los cuales de-

bía vivir, el hombre del Antiguo Oriente era mucho más politeísta que idólatra. Su piedad se dirigía a una u otra de estas fuerzas, benefactoras o terribles, regentes de fenómenos cuya proximidad había experimentado por sí mismo. Si benefactora, había que conservarla; si terrible, había que ablandarla.

Estas divinidades no son ni buenas ni malas en sí mismas, sino más bien caprichosas. No siempre se sabe cómo nombrarlas, cómo discernirlas. Son egoístas, pues ponen en juego su propio destino que escapa a los humanos. Además, se contrarían con frecuencia, en particular las divinidades políticas, y el hombre se siente el envite de sus luchas. La toma del poder no tenía el mismo impacto que tiene sobre la mentalidad de las masas en nuestros días, pues el jefe, generalmente llamado "rey", es a menudo más lejano que otros fenómenos de la naturaleza. El propio rey sabe que él mismo depende de los dioses, aún cuando proclame que el dios de su dinastía o de su capital es más poderoso que todos los otros. Los dioses de Babilonia, Marduk a la cabeza, deciden el rumbo del año después de que el rey se haya humillado en la gran fiesta del inicio del año. Un verdadero ejemplo de fiesta popular.

Hay, pues, una piedad privada y otra colectiva. Era natural que esta piedad popular colectiva fuera asumida por los responsables de las ciudades, ya fuesen llamados "gran hombre", "rey" o "vicario" (del dios de la ciudad). Con estas ciudades aparece la administración y, con ella, los escribas y la escritura. No tenemos como únicos testimonios de esta piedad popular las estatuillas y las pequeñas capillas de Ur exhumadas por L. Woolley, sino también los "himnos y plegarias", bien estén dirigidos a los dioses "del antiguo Egipto" (A. Baruck y F. Daumas, Ed. du Cerf, París, 1980) o a los dioses de "Babilonia y Asiria" (M.J. Seux, Ed. du Cerf, París, 1975). Los escribas expresaban en ellos las aspiraciones y los sentimientos religiosos tanto de sus reyes como de sus pueblos, pues reyes y pueblos se sienten profundamente unidos en un destino común, ya sea de victoria y felicidad, ya sea de derrota y desgracia.

Más que en los suntuosos manjares y en las deslumbrantes joyas ofrecidas a los dioses por fieles necesariamente afortunados, es en las plegarias inscritas sobre arcilla por los escribas al servicio del clero donde se refleja la piedad popular. Si los asuntos de un hombre periclitán es porque su dios personal no está satisfecho con la conducta de ese fiel. Este dispondrá de "plegarias para calmar el corazón de una divinidad". Y exclamará: "Que el corazón enfurecido de mi Señor se aplaque, que el dios (no sé cual) se aplaque, que la

diosa (no se cuál) se aplaque, que el dios, cualquiera que sea, se aplaque... ¡Oh dios! cualquiera que seas, mis faltas son numerosas... La falta que haya podido cometer, no la conozco... Busco sin cesar y nadie me toma de la mano; he llorado y nadie se ha acercado a mí. Expongo mis quejas pero nadie me escucha. Dios mío misericordioso, vuélvete hacia mí, te lo imploro... Que tu corazón, como el de una madre carnal, se aplaque". Hay también "plegarias para reconciliarse con el dios irritado". En sus incertidumbres sobre la persona y el carácter de los dioses — en las incertidumbres teológicas, podríamos decir — la plegaria se tiñe con frecuencia de magia y el esfuerzo va dirigido más a presionar a la divinidad que a implorarle. Hay así plegarias a modo de conjuros contra los malos presagios o para casos de sueños funestos. Los escribas graban sobre sus tablillas de arcilla conjuros contra sortilegios, contra maldiciones, contra los espectros (incluso un espectro anónimo), y están vinculados a la invocación de un dios o una diosa: "Como el humo que (el espectro) sube a los cielos, como el tamarisco arrancado que no vuelve a su lugar. A tu orden Augusta que es invariable y a tu asentimiento firme que es inmutable, es Ishtar quien es eminente, es Ishtar quien es reina, es Ishtar quien es grande, es Ishtar quien puede preservar" (Seux, *op. cit.*, pág. 138).

La magia parece todavía más desarrollada en Egipto, pero hay también otro enfoque de la divinidad. Junto a himnos majestuosos, a menudo espléndidos, puestos en boca de los reyes, como Akhenaton dirigiéndose a su padre Aton, el disco solar ("tú habitas siempre en mi corazón: nadie te conoce sino tu hijo... pues tú le has informado de tus designios y de tu poder". Traducción de E. Daumas, *Les dieux de l'Égypte*, París, 1965, pág. 119), nos han sido transmitidas las plegarias de los humildes. En sus "llamadas a los vivos", los muertos piden que se interceda por ellos. Un noble se dirige al dios Ptah de Memfis en dos términos: "Ptah, mi corazón está lleno de ti, mi corazón está ordenado con tu amor como la marisma con capullos de loto. He levantado mi casa junto a tu templo" (Barucq-Dumas, pág. 111), pero en Deir el-Medineh, en la necrópolis donde son enterrados los trabajadores de las tumbas del valle de los reyes y del valle de las reinas, éstos se dirigen a la diosa de la montaña tebana, Mett-Sager. Un ciego le dice: "Señora que se arrepiente para otorgar misericordia, tú has hecho que vea las tinieblas en pleno día. Pueda yo contar tu poder a los pequeños... ten piedad de mí en tu misericordia". Otro enfermo, ya curado, le dice: "Yo era un ignorante, un insensato que no distinguía el bien del mal. Por haber cometido una transgresión contra la Cima, ella me dio una lección. Estaba en su mano noche y día. Estaba sentado sobre los ladrillos como

una parturienta. Llamaba el hálito, más él no venía a mí. Entonces me humillé a la Cima... cuyo poder es grande y ante todo dios y toda diosa. Mira lo que voy a decir... Tened cuidado con la Cima, golpea como un león furioso, hostiga a quien ha pecado contra ella... y yo he clamado a mi Señora. Y ella ha venido en un hálito suave. Ella tuvo piedad de mí..." (Ibid., pág. 167-169).

Estamos peor documentado respecto a los pequeños países de la costa mediterránea de lo que lo estamos sobre los grandes. La piedad popular se manifiesta no solamente en los entierros de los muertos, a menudo en sepulturas comunes, sino también en las estatuillas de tierra cocida. Estas representan con frecuencia a Astarté o a una diosa desnuda, lo que se hará raro en el primer milenio de la conquista israelita. La gran ciudad comercial de Ugarit, al norte de Siria, nos proporciona una mejor información. Destruída hacia el 1200 a.J.C., poco después de la época del Exodo, es un buen testimonio de la civilización de Canaán, el "País Bajo". Entre los archivos de reyes y escribas se encuentran algunas expresiones de la piedad popular que no podrían encontrarse en los templos a los que tenían acceso los devotos; en un santuario retirado la estatua divina se ocultaba a sus miradas. L. Cunchillos ha sabido poner de relieve el contenido religioso de las fórmulas de salutación de las cartas, en las que queda expresada la fe y la piedad cotidiana de los habitantes de la ciudad. "Según las afirmaciones de los ugaritas, los dioses conservan la salud, las fuerzas, el vigor vital, prolongan los días y los años, protegen al hombre de los peligros durante su vida terrestre" (cf. *Mélanges bibliques...*, M. Delcor, pág. 68). Uno de los más conmovedores testimonios de la piedad popular "cananea" es la "plegaria de los ugaritas en caso de infortunio", descifrada y publicada por A. Herdner: "Si un hombre fuerte ataca vuestra puerta, un poderoso vuestras murallas, elevaréis los ojos hacia Baal: Oh Baal, aleja al hombre fuerte de nuestra puerta, al poderoso de nuestras murallas. Toros, oh Baal, te consagraremos; (nuestros) votos, Baal, cumpliremos; los primogénitos (según otra traducción: una cabeza de animal macho), oh Baal, te consagraremos; nuestros votos, Baal, ascenderemos; por los senderos de tu morada (?), oh Baal, caminaremos. Y Baal escuchará vuestra oración (?), alejará al hombre fuerte de vuestra puerta, al poderoso de vuestras murallas".

Plegarias y ofrendas, tal es la religión popular que encontrarán los israelitas en el país cuando allí penetren las tribus y conquisten las ciudades, cada una a su tiempo y a su manera. Las más poderosas, como la de Efraín, conducida por Josué, discípulo de Moisés, honraban entonces a su Dios, Yahvé, como un dios guerrero (Núm.

21, 14) que les entregaría el país en que sus antepasados, como Abraham, no habían sido sino extranjeros. Yahvé había venido del Sinaí al desierto de Farán, cerca de Edom, y convocaba a sus tribus para que se reunieran en los lugares santos como Guilgal para marchar al combate. En el momento del establecimiento de las tribus, estas familias guerreras sólo representaban una minoría de la población. Más minoritario todavía, el grupo que sabía que más que un dios guerrero este Dios era el Dios personal de Abraham y sus descendientes, el dios que les había hecho las promesas. Era el Dios de Moisés, el que había dado sus "Diez Palabras", los diez mandamientos, a la tribu de Leví que custodiaba los santuarios.

Fue en el nombre de Yahvé como tuvo lugar la gran reunión de las doce tribus bajo Saúl, pero sobre todo bajo David, de cara al peligro amonita y el peligro filisteo. Los conquistadores se constituyeron en Estado monárquico con capital (Jerusalén), ejército y administración. David instaló solemnemente el arca de la alianza cerca de su palacio. Era un símbolo guerrero (Núm. 10, 35-36; cf. I Sam 4, 3), pero en modo alguno se pensaba en cambiar la religión de los pueblos sometidos. Un hijo de Saúl lleva por nombre Ishbaal, en honor a Baal (I Cró 8, 33), y es sólo más tarde cuando la Biblia lo transforma en Ishboshet, teniendo *boshet* el significado de "vergüenza". David respeta las costumbres de los gabaonitas en sus altos lugares (II Sam 21, 5), por bárbaros que fueran. Practica una política de integración, dejando florecer los santuarios y cultos locales de Dan en Bersabé. Salomón hizo otro tanto y fue al santuario de Gabaón antes de ordenar la construcción de su templo según el modelo de los templos fenicios y cananeos. Incluso mandó construir otro sobre el monte de los Olivos en honor a otras divinidades distintas a Yahvé (I Re II, 4-7).

Esto no dejó de plantear problemas a los teólogos de la época, como Abiathar y Ahimas, levitas, hijos de Sadoc, encargados de la custodia del arca de la alianza (II Sam 15, 24-25). Al vivir próximos a la corte, conocían sus abusos y no estaban dispuestos a favorecer las matanzas de sacerdotes de los santuarios locales, como el ejecutado por Saúl en Nob. Vemos por los textos más antiguos del Pentateuco (lo que los críticos denominan el estrato yahvista) que los problemas de sucesión dinástica fueron el centro de las preocupaciones de la época, tanto del clero como de los escribas. Es muy probable por otra parte que en Jerusalén, como en Egipto, la "casa de vida" donde se formaban escribas y futuros ministros estuvieron contigua al templo. Es en función de la dinastía de Judá (Gén 19, 10; Núm 24, 7-17) como estos autores bíblicos han recogido las antiguas

tradiciones de las tribus y la elección de un menor a expensas del mayor.

Pero no están ahí la piedad y la teología popular. Para el pueblo, la palabra del rey, de David (II Sam 23, 1-2) y sus sucesores, es un oráculo (Prov 16, 10), testimonio de una sabiduría divina (I Re 3, 28). Se celebra una fiesta nacional y real en el atrio del templo construido por Salomón (I Re 8, 1 y ss.) y las fiestas estacionales de cosecha y recolección continuaron celebrándose en los antiguos santuarios locales, con ofrendas de primicias y rescate de los primogénitos (Ex 31, 18 a 19-22; 29, 11, 16-18). Los teólogos yahvistas se contentaron con considerar a las antiguas divinidades locales, como Lahai-Rio (Gén 16, 14), como mensajero o ángeles de Yahvé que hablaba por su boca. Consideraron que Yahvé, el Dios que invocaban desde Enós, nieto de Adán, el Dios al que Abraham había construido sus altares, era el mismo que el dios supremo de los cananeos llamado El: El Elyon en (Jeru)Salem, el Olam en Beerseva, El Shaddai, El Qanno, El Bethel... En Siquem, El, reconocido como Dios de Israel (Gén 33, 20), hizo de un Baal-Berit (Jue 9, 4) un El-berit (Jue 9, 46).

Es improbable que el pueblo haya visto bien la diferencia. Se constató que en lugar de integrar había sido integrado y que el Yahvé de las promesas y los mandamientos apenas era algo más que un Baal de fecundidad de las cosechas, los rebaños y los hombres. Cuando las alianzas políticas entre Samaría y Tiro, en tiempos de Acab y Jezabel, hubieron introducido oficialmente en la corte el Baal de los Cielos y su clero, un fiel yahvista estimó en solamente 7,000 el número de quienes no habían doblado la rodilla ante Baal (I Re 19, 18).

Es con Elías, hacia el 850 a. de J.C., cuando el movimiento profético toma sus distancias y afirma en voz alta que es Yahvé y no Baal quien dispone la lluvia benefactora (I Re 18, 38-41). Reconstruye el altar de Yahvé y, según 19, 9-18, regresa al Horeb donde Dios se había manifestado antes de la sedentarización. Recibió allí una teofanía, pero completamente despojada de fenómenos atmosféricos del tipo Baal que habían marcado la teofanía mosaica. El movimiento profético no veía ninguna desviación en la identificación entre el Dios de Abraham y el El cananeo; los textos "elohistas" del Pentateuco, marcados por el profetismo (Gén 20, 7; Núm 11, 29; 12, 6-8), dan al Dios de los Patriarcas el nombre de Elohim hasta la revelación en el Horeb. Este mismo movimiento estima que el culto de tipo Baal corrompe la piedad popular. Si en tiempos de Elías y

de Eliseo el conflicto tiene un aspecto político de lucha entre profetas de Baal y profetas de Yahvé, entre la dinastía de Acab y la dinastía de Jehu que masacra fríamente en Samaría a la familia de Acab y sus sacerdotes (II Re 10, 11), en el siglo VIII el cuestionamiento de la piedad popular toma un nuevo aspecto. Bajo esta dinastía de Jehu favorable, a Yahvé y hostil al Baal de Tiro, los profetas e incluso los sacerdotes levitas se dan cuenta de que el mal es más profundo y de que los cultos locales de los altos lugares no corresponden a la religión de Moisés.

Incluso los santuarios locales, en los que se veneraba el paso de los patriarcas, van a hacerse sospechosos. Amós tiene un altercado con el sacerdote de Bethel, santuario real, y anuncia que “los altos lugares de Isaac serán destruidos, los santuarios de Israel arrasados cuando (Dios) se levante con la espada contra la casa de Jero-boam”, descendiente de Jehu (Am 7, 9). No sólo se apunta Bethel, lugar consagrado donde Jacob había tenido su visión; Amós la emprende también contra los santuarios del sur: el Beerseba de Abraham y el Guilgal de Josué: “No busquéis en Bethel, no vayáis a Guilgal, a Beerseba no os dirijáis, pues Guilgal será enteramente deportado y Bethel se volverá iniquidad” (5, 5). El Dios de Israel proclama solemnemente por su boca que el pueblo, a causa de sus dirigentes ha transformado el derecho en veneno y ha arrastrado la justicia por los suelos (5, 7; cf. 10). Dios detesta las peregrinaciones (las peregrinaciones estacionales), rechaza holocaustos y cánticos: “Las viñas selectas que habéis plantado, no beberéis de su vino” (5, 11). Oseas, profeta nacido en el norte, ataca con la misma fuerza la religión popular de su tiempo. “Israel, viña floreciente, producía su vino en abundancia. Cuanto más se multiplicaban sus frutos, más multiplicaba los altares. Cuanto más hermosa era la tierra, más embellecía las estelas. Su corazón es falso y pagarán por ello. El Señor demolerá sus altares y destruirá sus estelas” (10, 1-2). “Efraín ha multiplicado los altares para borrar el pecado, pero he aquí que estos altares se han convertido para él en ocasión de pecar” (8, 11, traducción TOB). Es éste un culto de Baal más que de Yahvé: “Destruiré su viña y su higuera de las que (Israel) decía: ‘Este es el salario que me han dado mis amantes’. Las convertiré en maleza y los animales salvajes se alimentarán de ella. Le haré rendir cuentas de los días de los Baales y a los que quemaba sus ofrendas: se adornaba con joyas, corría tras sus amantes y a mí me olvidaba” (2, 14-15). Por no observar los mandamientos, “el país está desolado y todos sus habitantes desfallecen” (4, 2-3). Sin embargo, Dios recuerda su ley: “Aunque escriba para él mi ley de mil maneras, se la ve como cosa extranjera” (8, 12). Para Oseas, en lugar de prosperar, Samaría

y su becerro desaparecerán "como astilla en la superficie de las aguas" (10, 7). En el sur, Miqueas no será menos severo hacia la propia Jerusalén: a causa de las prevaricaciones de sus jefes, sacerdotes y profetas: "Sión será labrada como un campo, Jerusalén se convertirá en un montón de escombros y la montaña del templo en una masa de maleza". Se cree comprar a Dios con torrentes de aceite, con novillos de un año, e incluso con la inmolación de un niño primogénito, mientras que "lo que el Señor exige de ti: nada más que el respeto al derecho, al amor y a la fidelidad, la vigilancia en el camino con Dios" (6, 8; tr. TOB).

Se imponía una reforma y llegó la reforma deuteronomica que se esforzó en preservar el carácter gozoso de la religión popular con sus fiestas estacionales y las ofrendas de sus primicias, pero no restableció los antiguos santuarios patriarcales. Concentró el culto en Jerusalén, cerca del templo de la dinastía de David y el arca de la alianza. Los ritos locales no fueron abolidos, sino puestos bajo el control de los levitas depositarios de la ley de Moisés (21, 3-5). Si fueron abolidos los santuarios locales y sus sacerdotes levitas transferidos a Jerusalén, "lugar escogido por Yahvé para hacerlo morada de su nombre". También las primicias de los frutos de la tierra serán aportadas a esta morada de Dios; una confesión de fe precisará que es un reconocimiento hacia Dios que "ha entregado esta tierra a su pueblo y le ha otorgado su bendición" (26, 9). Estas fiestas no se explican por la fuerza fecundante de un dios de la naturaleza, sino por una acción providencial y salvadora del Dios de Israel para con su pueblo. Igualmente, en el ritual del diezmo trienal, las primicias de la cosecha debían ser presentadas a Yahvé y no entregadas a un muerto en la impureza y en el duelo; este muerto era probablemente el dios Baal, quien, según los cananeos moría con la sequía del verano (lamentaciones de Adonis) y reaparecía con las lluvias del otoño. Finalmente, la fiesta de la luna llena de primavera no será ya la celebración de la espiga de la cebada, la primera de las semillas cosechadas, sino la rememoración de la salida de Egipto.

Los legisladores de la "ley de santidad" (Lev 17-26), cuya primera redacción se debe probablemente a los sacerdotes de Jerusalén antes del exilio, toman precauciones semejantes para corregir la piedad popular sin sofocarla. Los bueyes, corderos y cabras que se degüellen no deberán ser ofrecidos a los sátiros del campo sino a Yahvé ante su morada. La sangre no es el pago a una divinidad cruel como Molok, al que se sacrifican niños, sino un "don" que Dios acepta sobre su altar y que él "da" para la vida (*Kipper*, a menudo mal traducido por "expiar" en sentido de castigo) del oferente (17,

11). En el ciclo estacional, aun mencionando la Pascua, la ley de santidad preexílica insiste mucho más sobre la ofrenda de la primera gavilla, antiguo rito campesino, "primicias de vuestra cosecha" (23, 11). Pentecostés es la fiesta de las primicias de la cosecha y la fiesta del otoño se celebra con "hermosos frutos, hojas de palmeras, ramas de árboles frondosos y de sauces de las riberas" en las chozas construidas con ramajes (*Sukkôt*), evocando las tiendas de pieles en el desierto a la salida de Egipto (23, 40, 43).

Estas medidas no bastaron para preservar a Israel de la ruina del estado davídico. Los exiliados, desarraigados de su tierra, eran nobles u obreros especializados (II Re 24, 14; Jer 39, 10), no campesinos, dejados en sus lugares por nabucodonosor. Sintieron la necesidad de defenderse del atractivo de los cultos babilónicos y de su fiesta del Primero de Año, en que se celebraba la renovación de las fuerzas del país y del rey. En un país en que no se practicaba la circuncisión, este ritmo vino a ser el signo de pertenencia al pueblo de Dios y se practicaba el octavo día. El sabbat se convirtió en la celebración colectiva en un calendario de 364 días, múltiplo de 7: las fiestas se repetían cada mes en los mismos días, independientemente de las lunaciones y el plenilunio.

La Pascua ya no se celebraba en el templo, lejano y destruido, sino en familia. Se preveía la celebración del primer mes (primavera) y del séptimo mes (otoño) en el momento del regreso, pero desaparecía Pentecostés (Ez 45, 18-25). Se reunían para escuchar la palabra de Dios por boca del profeta (Ez 33, 30) y para cantar los salmos de tribulación, de venganza y de esperanza en el regreso al país de los antepasados (Sal 137 "sobre los ríos de Babilonia").

La conquistas de Babilonia por Ciro el persa aceleró el regreso. Llegaron las primeras caravanas, pero chocaron con "las gentes del país" (Esd 4, 4). Estos primeros repatriados (Is 56, 8) encontraron una piedad popular muy organizada con sacrificios en los huertos (Is 65, 3, probablemente los huertos de Adonis), pernoctación en los sepulcros y en las grutas (65, 1), comiendo carne de cerdo y sangre (66, 3), incensaciones a los ídolos, todo en una inmoralidad flagrante, que llegaba a incluir inmolaciones de niños (57, 5).

Poco a poco, la nueva comunidad se implantó: restauración del altar con Sesbassar, del Templo con Zorobabel y de la ciudad santa con Nehemías. Se defendió contra la corrupción circundante mediante leyes muy estrictas tendentes a preservar la pureza en un

espíritu de fidelidad a un Dios de justicia (Lev 19). Pero supo dejar un espacio para la antigua piedad popular.

Los textos postexílicos supieron integrar los antiguos ritos en una teología purificada por los profetas y en los rituales marcados por la tradición del Templo de Jerusalén y de su sacerdocio sadoquita, al que había pertenecido el profeta Ezequiel.

1) El ritual de la Pascua en Ex 12, 1-14 es unánimemente atribuido por los comentaristas al "código sacerdotal" exílico y post-exílico. Se afirma solemnemente que el año no comienza ya en otoño como bajo la monarquía, sino en primavera (R. de Vaux, *Institutions de l'Ancien Testament*, I, París, 1958, págs. 289-291) y la fiesta de la Pascua se considera una conmemoración de la salida de Egipto. Pero R. de Vaux no es el único en poner de manifiesto (*Les sacrifices de l'Ancien Testament*, París, 1961, 1961, págs. 7-15) que los elementos del ritual encuentran la explicación de su simbolismo en los pastores nómadas (la víctima, el tiempo, la forma de cocción, los panes sin levadura, las hierbas amargas, los vestidos), y J. Henninger ha descubierto que la orden de no romper los huesos de la víctima pertenece a las creencias de los pastores del Asia central.

2) Con el rito de la ofrenda de la primera gavilla, ligado al de los ácidos, nos encontramos con los ritos estacionales campesinos. Este rito se mantiene, pero está unido a los sacrificios del Señor, "manjares consumidos y transformados en perfumes apaciguadores", antigua expresión que denota la aceptación divina. El incienso, la oblación de la harina, la libación del vino, de las que desconfiaran los profetas (Am 4, 4-5), e incluso los holocaustos que Dios, según Jeremías (7, 22), no había pedido en el desierto, son ahora incorporados a unos ritos en los que el verdadero Dios no corre ya peligro de ser confundido con ningún Baal.

3) En el gran día de *Kippur*, en que Dios perdona anualmente las faltas del pueblo, el antiguo rito de la expulsión del chivo expiatorio queda integrado en los sacrificios y aspersiones de sangre vivificante. Se insiste en que el macho cabrío carga con todas sus faltas llevándolas hacia una tierra estéril" (Lev 16, 22).

4) De la misma forma se integra — en función en los sucesivos de una teología monoteísta muy exigente y a título de conmemoración de las acciones salvíficas de Dios en beneficio del pueblo que ha hecho suyo — toda una serie de antiguos ritos a los que estaba vinculada la piedad popular: la purificación de la mujer que ha dado a

luz (Lev 12), el vuelo del pájaro hacia el campo que simboliza la purificación del leproso liberado de su enfermedad (Lev 14, 7), la consagración de las aguas lustrales (la "vaca alazana" de Num 19), las aguas "amargas" que debe ingerir la mujer sospechosa de adulterio por un marido celoso.

Es con este ritual practicado por los sacerdotes aaronitas bajo la vigilancia de los sabios (y de la escuela farisea muy ligada a la moral estricta que constituía el "Judaísmo") como vivió la religión judía en pleno desarrollo y en plena expansión en el mundo pagano hasta la destrucción del segundo Templo en el año 70 de nuestra era. Los legisladores, tras la experiencia de los profetas, habían sabido preservar la expresión pintoresca y tradicional de la piedad popular, evitando los cultos licenciosos y orgiásticos a Baal, o a un Yahvé considerado como un simple Baal, en los altos lugares.

Sin duda, nuestra cultura no está hecha de costumbres pastorales ni siquiera agrícolas. Pero ya el pueblo de la Biblia había decidido asimilar culturas variadas; había conservado los ritos pastorales de la Pascua cuando se hizo sedentario. Su Dios había querido que conservase los ritos estacionales de una vida agrícola incluso también después de haber conocido la civilización urbana y comerciante de una Jerusalén caída bajo la influencia de Tiro y posteriormente de la civilización helena. Una cierta piedad quedó ligada a la tierra y a las antiguas tradiciones, aunque la enseñanza teológica refleje la depuración de los conocimientos en la fidelidad a la justicia del Dios de los mandamientos. Es en todo caso lo que la Biblia parece haber consignado por escrito en el transcurso de una experiencia de más de un milenio a través de las crisis dolorosas por la que debió atravesar el pueblo de Dios.

HENRI CAZELLES

"Sacerdote sulpiciano. Profesor de exégesis del Antiguo Testamento en el Instituto Católico de París y en la Escuela Bíblica y Arqueológica Francesa de Jerusalen. Articulista de varias revistas francófonas, particularmente de "Revue Biblique". Secretario de la Pontificia Comisión Bíblica, organismo dependiente de la Congregación para la Doctrina de la Fe.